



Desde la Universidad, con amor

Todo el mundo lo dice. Vivimos momentos de grandes cambios, de una gran transición. Vamos hacia una nueva sociedad. Esta marea de cambios parece interpelar nuestras instituciones actuales, que buscan continuamente adaptarse a las realidades nacientes.

La Universidad también vive en sus «claustros» los abatares de esa marea transicional, y lucha denodadamente por adaptarse al momento presente, a la vez que intenta liberarse de todos aquellos prejuicios, ideologías, y elementos sobreañadidos -masificación, especialización excesiva, legalización fijista de saberes, etc.- que a veces casi la paralizan y la sumergen en una profunda crisis de identidad.

Fruto de este proceso de crisis, surgen en muchos países del mundo nuevas universidades (junto con una serie de reformas en las ya existentes) que apartándose de la concepción napoleónica de las mismas, pretenden conseguir flexibles centros de saber, donde se enseñe doctoralmente lo que se sabe y, a la vez, se empuje a todos a la investigación y a la creatividad en la sociedad.

En este contexto incluso nacen «universidades» que sin dar titulaciones, sin pretender tener un gran número de alumnos, buscan fundamentar el saber, el deseo de ajardinar el mundo en la sorpresa y en la alegría de existir en medio del universo. La sorpresa que nos hace ver que cualquier cosa que hubiese sido distinta antes de nuestro engendramiento hubiese hecho que el devenir fuese diferente. Habrían nacido «otros», pero «nosotros» no existiríamos nunca. Esto nos lleva a la aceptación de ser quien somos y como somos, pues ser así, es nuestra única posibilidad de existir, ser hijos de nuestros padres y de aquel preciso momento de su amor; aunque debemos emplear todas nuestras fuerzas en mejoramos todo lo posible, claro está. Aceptamos también con nuestro límite de mortales ya que, en este mundo, sólo los que no existen no mueren.

Sentir «sorpresa y gozo», que hacen que contemple la Historia sin rencor, hasta en sus dolorosas consecuencias presentes. Porque, como decíamos, si la Historia no hubiese sido como ha sido, ahora habría otra gente en el mundo, pero no los contemporáneos de hoy. Nos hemos de liberar por tanto de remordimientos por lo que hicieron nuestros antepasados porque no somos culpables de ello, ya que entonces nosotros no existíamos. Ni debemos tener resentimientos contra otros, que tampoco tienen la culpa de lo que hicieron sus antepasados contra los nuestros.

Esta aceptación gozosa de nuestra contingencia nos lleva a la humildad óptica. Humildad óptica que nos evidencia la contingencia de nuestra razón, y nos hace ver que la razón, aunque quisiera, no puede salirse de sus propios límites. No puede atravesar la frontera del misterio. Es decir: explicar, por ejemplo, porque existe algo en vez de nada. El objetivo de la ciencia es el de conseguir un conocimiento lo más cierto posible de las cosas por sus causas y prever su proceso futuro. Pero no puede ir más allá de su capacidad ni descubrir ni analizar el fundamento ontológico trascendente de la Realidad.

Sólo de esta manera, gloriosa y humilde a la vez, podemos hacer una universidad que dedique todos los esfuerzos de la razón a lo que realmente puede dedicarse y de hacer ciencia de lo que realmente puede ser objeto conocimiento científico, sin resentimientos ni frustraciones, con el placer y el gozo de conocer e investigar las cosas que nos rodean, los entresijos de la realidad con lucidez...

Una Universidad que en este profundizar en la realidad nos lleve a un ordinario diálogo interdisciplinar, que nos permite estar al corriente de los códigos de lenguaje de las distintas ciencias, para un conocimiento más universal de nuestro propio saber científico.

Una Universidad que haga también del alumno un hombre nuevo, liberado del peso asfixiante de la Historia, cuando la gente pretende hacernos herederos de sus culpas, pero sabiendo tomar todo lo bueno de las experiencias, de los descubrimientos de pasado, para ponerlos solidariamente al servicio del bien común de los contemporáneos, a la vez que personal.

Una Universidad que debe completar en sus alumnos esta maravillosa tradición del saber humano, abriéndoles además a los muchos horizontes que el hombre puede descubrir y elaborar; haciéndoles sentir así, deseos renovados de ensanchar el mundo conocido para el bien de todos.

Una Universidad que busca la humildad óptica, la alegría de existir en sus universitarios y que con un profundo diálogo interdisciplinar entre todas las ciencias, ayude a que el mundo esté más en paz y más en fiesta.

Jordi Cussó
Presidente Universitas Albertiana

Si utiliza este documento le pedimos incluya nuestra referencia de la siguiente forma:

Universitas Albertiana Interdisciplinar
www.albertiana.org

Documento publicado inicialmente en
© Revista RE Castellano.
Número VII, Septiembre 1988. ISSN: 1135-2698